

Evolución de la política exterior de Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el segundo gobierno de Donald Trump


Juan Díaz Ligarda*
Investigador independiente

RESUMEN

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el mundo se ha regido por un orden internacional estable bajo la hegemonía de Estados Unidos. Sin embargo, desde hace unos años, han existido indicios de que estaríamos *ad portas* de una nueva etapa, aún por definirse. La elección de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos por segunda vez ha reavivado esta idea, pero también ha anunciado una reorientación de la política exterior estadounidense, que podría traer consecuencias para el resto del mundo, ya que abriría las puertas a una fase de inestabilidad e incertidumbre con repercusiones políticas y económicas profundas. El presente artículo busca hacer una evaluación histórica de la hegemonía estadounidense, incluyendo los retos que viene enfrentando, así como analizar el impacto que podría tener su nueva política exterior bajo el mandato de Donald Trump.

Palabras clave: Estados Unidos, Donald Trump, política exterior, China, globalización, Guerra Fría, desdolarización, BRICS, sanciones, Rusia, hegemonía

* Consejero en el Servicio Diplomático de la República del Perú. Cuenta con bachiller en Ciencias Políticas e Historia por la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), así como una maestría en Estudios Latinoamericanos con especialización en Ciencias Políticas e Historia, también por la misma universidad. Ha servido anteriormente en la Embajada del Perú en Bolivia y actualmente es encargado de negocios a.i. de la Embajada del Perú en Rumanía. E-mail: j.diaz.ligarda@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0005-1982-045X>

Evolution of the United States' foreign policy from the end of World War II to the second Trump administration

ABSTRACT

Since the end of World War II, the world has been governed by a stable international order under the hegemony of the United States. However, in recent years, there have been signs that we may be on the verge of a new stage, yet to be defined. The election of Donald Trump as President of the United States for a second time has revived this idea, but it has also signaled a reorientation of U.S. foreign policy, which could have consequences for the rest of the world, as it would open the door to a phase of instability and uncertainty with profound political and economic repercussions. This article aims to provide a historical assessment of U.S. hegemony, including the challenges it has been facing, as well as to analyze the potential impact of its new foreign policy under Donald Trump's administration.

Keywords: United States, Donald Trump, foreign policy, China, globalization, Cold War, de-dollarization, BRICS, sanctions, Russia, hegemony

1. INTRODUCCIÓN

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el mundo se ha regido bajo un orden internacional relativamente estable, gracias al diseño y construcción de un andamiaje jurídico que ha logrado establecer las reglas de las relaciones internacionales, el comercio internacional y la diplomacia multilateral contemporánea. La construcción y vigencia de este orden ha sido posible gracias, en gran parte, a la hegemonía de Estados Unidos (EE. UU.) que, después de la guerra, aprovechó su poder económico, tecnológico, industrial y cultural para poner su impronta al mundo en el que vivimos (Immerman, 2010). Sin embargo, luego de aproximadamente ocho décadas, existen indicios de que estaríamos *ad portas* de una nueva etapa, aún por definirse, pero que probablemente sea más multipolar y con una mayor influencia de países no occidentales. El ascenso de países como China e India, el creciente papel protagónico de potencias regionales como Brasil y Turquía, así como una Rusia más asertiva, son señales claras de un cambio a nivel internacional. De manera paralela a este proceso, se ha sumado la elección de Donald Trump a la presidencia estadounidense, primero en 2016 y luego en 2024, la cual ha traído una aparente reorientación de la política exterior de ese país, precisamente para revertir esta tendencia descrita líneas arriba, pero que podría generar un mayor grado de incertidumbre e inestabilidad a nivel mundial que podría durar varios años, con repercusiones políticas y económicas profundas.

Esto es particularmente delicado si tomamos en cuenta el mundo globalizado en el que vivimos, un mundo altamente interconectado e interdependiente y con cadenas

de producción complejas, que podrían sufrir ante cualquier alteración o interrupción del suministro de bienes, servicios o capitales. Esto, a su vez, podría aumentar la probabilidad de guerras entre Estados, así como el colapso de alianzas tradicionales y la pérdida de credibilidad de los organismos internacionales que hoy juegan un papel crucial en el funcionamiento de los mecanismos de resolución pacífica de conflictos y del comercio global. No es difícil entender el riesgo que esto representaría para los Estados —especialmente para aquellos pequeños y medianos, incluyendo el Perú— que deberán maniobrar en medio de un ambiente de posibles conflictos, guerras comerciales, ataques cibernéticos u otros. Para un país como el nuestro, que ha basado su modelo de desarrollo en la apertura económica al resto del mundo, resulta particularmente relevante anticipar y adaptarse a los cambios que podrían producirse en el orden internacional a fin de construir estrategia para enfrentar los desafíos de un sistema más fragmentado.

Por todo ello, es altamente relevante entender no solo la nueva política exterior estadounidense, sino la evolución de esta, para así tener una visión más clara sobre las razones detrás de estos cambios. El presente artículo buscará, precisamente, hacer un repaso histórico de la política exterior estadounidense desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Esta evaluación incluirá un resumen de las acciones que tomó durante las primeras décadas de la posguerra para la creación de las instituciones financieras y demás organismos internacionales, así como su accionar durante los primeros años de la pos Guerra Fría, en la década de los 90 del siglo pasado. Seguidamente, realizará un análisis de los últimos años, incluyendo los retos internos y externos que EE. UU. viene enfrentando. Finalmente, ofrecerá algunas perspectivas sobre las posibles implicancias de la nueva política exterior estadounidense bajo la presidencia de Donald Trump.

La comprensión de la nueva política exterior estadounidense —y el impacto que esta podría tener en el orden internacional— es fundamental para los países, que deberán diseñar estrategias de política exterior en medio de un entorno global más incierto y multipolar. Este artículo busca ofrecer un marco para analizar estos cambios y enfrentar los desafíos que se avizoran en esta nueva etapa.

2. LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN LLEVADA A LA PRÁCTICA. LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE LUEGO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el orden internacional —es decir, el conjunto de normas, acuerdos e instituciones que regula las relaciones entre los Estados y otros actores internacionales— experimentó un cambio radical, pasando de un orden multipolar, regido por un grupo de potencias mundiales —mayormente europeas—

hacia uno bipolar, bajo el dominio de dos denominadas «superpotencias»: EE. UU. y la Unión Soviética. Si bien la civilización occidental aún mantenía un predominio político, económico y cultural sobre el planeta, el centro del poder ya no se encontraba en las capitales europeas occidentales —que sufrieron los estragos del conflicto bélico y no estaban en condiciones de asumir este papel— sino en Washington y Moscú, ubicadas geográficamente en la periferia.

Los primeros años de la posguerra estuvieron marcados, precisamente, por la conformación de este nuevo orden bipolar. Aunque EE. UU. y la Unión Soviética fueron países aliados durante la Segunda Guerra Mundial, estos rápidamente se convirtieron en potencias antagónicas debido a la incompatibilidad de sus políticas, ideologías y modelos económicos. Mientras EE. UU. se posicionó como el promotor de un modelo liberal democrático en base a una economía de mercado, la Unión Soviética devino en el defensor de un modelo marxista-leninista con un modelo de economía dirigida. Esta rivalidad nunca se transformó en una guerra abierta entre las superpotencias, sino en una serie de enfrentamientos indirectos que llegó a denominarse como la Guerra Fría, que se materializó de diversas maneras y en diversas áreas, o a través de conflictos bélicos menores en terceros países. La Guerra Fría estableció la dinámica entre las dos superpotencias e influyó la manera en que llevarían adelante sus respectivas políticas exteriores durante las próximas décadas.

Para EE. UU, un país relativamente joven en términos históricos, el reto de asumir un papel hegemónico fue abordado con un cierto idealismo, basado en la convicción de que la implementación de políticas económicas bien diseñadas podía impulsar cambios positivos en el mundo, incluso en sociedades culturalmente distantes de Occidente. Las motivaciones no eran netamente económicas, sino también ideológicas, toda vez que el libre intercambio llevaría también a la difusión de ideas políticas que, de acuerdo con la teoría, inevitablemente desencadenaría en la expansión de la democracia por el mundo. Muchas de estas ideas luego fueron recogidas por académicos como Seymour Lipset (1959), uno de los principales promotores de la teoría de la modernización, quien se enfocó en las condiciones asociadas con la existencia y estabilidad de sociedades democráticas desde un punto de vista sociológico y quien presentó una hipótesis sobre la importancia del desarrollo económico para la aparición de la democracia.

La política exterior estadounidense estuvo guiada por la teoría de la modernización durante las décadas subsiguientes, aunque con algunas modificaciones y ajustes que oscilaban entre optimismo y pragmatismo, dependiendo de la época y del gobierno de turno (Johns y Lerner, 2018), pero siempre bajo la consigna de promover su modelo y contener la influencia de la Unión Soviética, cuyo modelo político y

económico difería drásticamente del estadounidense. En esa línea, EE. UU. respaldó la creación de entidades financieras y organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (IMF) y el Banco Mundial (BM) —fundados incluso poco antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial y con sus sedes centrales en Washington D.C.— con el propósito de construir la estructura del nuevo ordenamiento internacional. Unos años después, en 1947, se suscribió el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT por sus siglas en inglés) —precursor de la Organización Mundial del Comercio (OMC)— que estableció un marco general legal para reducir los aranceles y facilitar el comercio internacional. Dichas entidades multilaterales, junto con la creación de las Naciones Unidas y demás organismos asociados, en efecto formaron parte del marco jurídico del nuevo ordenamiento internacional, dentro del cual los Estados debían operar de ahora en adelante, no solo por cuestiones económico-comerciales, sino también político-diplomáticas. Si bien estas entidades multilaterales fueron impulsadas con amplio respaldo internacional, no se puede negar el papel preponderante que jugó EE. UU. para darle el cariz y forma de estas nuevas entidades.

De manera paralela, el Departamento de Estado estadounidense impulsó proyectos ambiciosos para reconstruir las economías de diversos países, restablecer sus industrias y, así, detener la expansión del comunismo. Uno de los primeros y más ambiciosos fue aquel impulsado en 1948 por el secretario de Estado George Marshall para los países europeos, que quedaron devastados luego de la guerra y debilitados frente a la posible expansión de la Unión Soviética en el continente. Luego de la revolución cubana en 1959, EE. UU. le dio mayor importancia a América Latina y, en 1961, lanzó la Alianza para el Progreso, un proyecto dirigido a impulsar el crecimiento económico de la región y fortalecer los gobiernos democráticos a través de diversos programas sociales. Acciones similares se llevaron a cabo en las subsiguientes décadas en Asia, África y el Medio Oriente, cada una con sus particularidades, pero todas guiadas bajo el mismo principio. Quizás el momento cumbre de la teoría de la modernización durante este período fue la visita del presidente estadounidense Richard Nixon a la República Popular China en 1972, que marcó el inicio del acercamiento entre esos dos países y constituyó un paso importante hacia la apertura del mercado chino para las empresas norteamericanas, que posteriormente se concretó en 1979 luego de la normalización de las relaciones bilaterales. El acercamiento de Pekín a Washington fue considerado una victoria estratégica para EE. UU., que logró alejar a China de la influencia soviética, cuyo modelo político y económico ya mostraba señales de desgaste. Si bien la denominada «masacre de la plaza de Tiananmén» en 1989 tuvo un impacto negativo entre la opinión pública estadounidense —la retrospectiva ahora nos dice que fue una señal respecto de los límites de la teoría de la modernización— en aquel momento,

Washington aún mantenía esperanzas de que la incorporación de China al sistema internacional derivaría, inevitablemente, en una eventual transformación política.

La década de los ochenta marcó la última fase del orden bipolar, la cual culminó con la disolución definitiva de la Unión Soviética en diciembre de 1991 y, así, con el fin de la Guerra Fría, dejando a EE. UU. como la única superpotencia en el mundo. Con el triunfo de Washington, parecía que la profecía de la teoría de la modernización se había cumplido y que, efectivamente, estábamos *ad portas* del «fin de la historia» (Fukuyama, 1992), donde el mundo dejaría del lado las pugnas ideológicas para unirse bajo un solo modelo democrático y capitalista estadounidense. Para la clase política estadounidense de aquella época, los primeros años de la pos Guerra Fría fueron la manifestación más clara del aforismo sobre las bondades del libre mercado: «una marea alta levanta todos los barcos». Como se afirmó en más de una ocasión durante esos años, el sentimiento que predominaba era que la globalización bajo el modelo estadounidense «llegó para quedarse» (Kugler & Frost, 2001, p. 595). Sin embargo, incluso en aquel momento de apogeo, aparecieron las primeras fisuras al interior de la sociedad estadounidense que vislumbraban problemas a futuro.

3. LOS LÍMITES DE LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN Y DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE

La década de los noventa fue, de cierto modo, el apogeo del modelo político-económico promovido por Washington, cuya influencia no solo se sustentaba en su enorme poderío económico, tecnológico, militar e industrial, sino también en su poder blando —es decir, su gran influencia cultural a través de producciones cinematográficas, musicales y televisivas— que promovía un estilo de vida específico, moderno y de consumo masivo, típicamente «americano».

En 1994, bajo un gobierno del Partido Demócrata —tradicionalmente aliado de los sindicatos y, por ende, más proteccionista— EE. UU. finalizó las negociaciones y suscribió el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con Canadá y México, un ambicioso proyecto que creó una de las zonas de libre comercio más grandes del mundo; asimismo, le dio un renovado impulso al recientemente creado foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) con la incorporación de economías diversas como la República Popular China (1991), Taiwán (1991), México (1993), Chile (1994), Perú (1998), Rusia (1998) y Vietnam (1998). Pese al entusiasmo de Washington durante esos años, la opinión pública estadounidense siempre estuvo dividida sobre la conveniencia de crear áreas de libre comercio, particularmente por temor al impacto que tendría en los sueldos de los trabajadores y la competitividad de las industrias que operaban localmente. Asimismo, había un segmento

de la población que se oponía a la participación activa de Washington en los asuntos internacionales y mostraba reparos sobre la migración masiva y su impacto demográfico en el país. Es así que, *ad portas* de la suscripción del TLCAN —que contaba con el apoyo de los partidos Demócrata y Republicano—, apareció la figura de Ross Perot en la escena política norteamericana, un empresario texano que se oponía a los tratados de libre comercio y abogaba por priorizar los asuntos internos del país (Perot, 1993).

Es del caso resaltar que Perot no apareció desde las bases de la izquierda, sino de la derecha populista que se oponía a las recetas neoliberales y a la creciente influencia de empresas multinacionales en la política del país (Jelen, 2001). Su popularidad fue tal que logró disputar las elecciones presidenciales de 1992 como candidato independiente —una de las pocas veces en la historia moderna de EE. UU.—, consiguiendo casi el 19% del voto popular. La derrota de Perot no significó la desaparición de este movimiento; todo lo contrario, durante las siguientes décadas, la acumulación de frustraciones sobre el rumbo del país, los efectos negativos del libre comercio en la industria nacional, la expansión militar estadounidense por el mundo, la migración masiva y el avance de la globalización en general, fue *in crescendo*. Aunque las consecuencias no eran aparentes en esos años, este creciente descontento de la población con los partidos tradicionales fue el primer indicio de una crisis política que brotaría en los años subsiguientes.

En cuanto a la política exterior frente a su antiguo rival geopolítico, Washington optó por una política de expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) a través de la incorporación de países de Europa del Este. Dicho proceso inició en 1990 luego de la reunificación de Alemania y la adhesión de Alemania del Este, y negociaciones continuaron a lo largo de la década para incorporar nuevos miembros, culminando en 1999 con la inclusión de Hungría, Polonia y República Checa a la citada alianza militar, pese a las protestas del gobierno de Moscú, que advirtió sobre las consecuencias negativas que dicha expansión tendrían para la preservación de una relación cordial entre Rusia y Occidente (Mearsheimer, 2018, p. 172). Las protestas fueron ignoradas por EE. UU. y sus aliados europeos y, en 2004, se sumaron Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumanía a la OTAN. La decisión de expandir la OTAN no generó el mismo nivel de interés entre la ciudadanía como fue el caso del TLCAN, pero sí fue materia de debates entre expertos, algunos de los cuales —entre ellos Jack Matlock (2004), último embajador estadounidense ante la Unión Soviética, y George Kennan (1994), ilustre diplomático estadounidense y arquitecto de la política de contención contra la Unión Soviética— advirtieron sobre un posible enfrentamiento militar futuro con Rusia de seguir por el camino de la expansión de la alianza militar. Pese a estas

advertencias —que se cristalizarían unos años después con la guerra entre Rusia y Ucrania— la política exterior estadounidense continuó con optimismo hacia la consolidación del orden unipolar establecido la década anterior.

Durante los próximos años, surgieron nuevos retos en el ámbito externo que condujeron a un nuevo enfoque de su política exterior, mucho más militarizado. Identificar el momento preciso en que la política exterior estadounidense dio este giro siempre guarda un grado de subjetividad, toda vez que procesos como estos son largos y los cambios paulatinos. Sin embargo, los ataques del 11 de septiembre de 2001 representan un parteaguas importante, porque marcaron el inicio de la denominada «guerra contra el terrorismo», con una mayor presencia militar en el Medio Oriente y un mayor uso de la fuerza para imponer el orden. Como consecuencia inmediata de estos ataques, EE. UU. inició una larga y costosa aventura militar en Afganistán y en Irak.

Al margen de la justificación inicial para emprender estas misiones —la invasión de Afganistán contó con el apoyo de la ciudadanía estadounidense para ubicar al autor intelectual de los ataques del 11 de septiembre, mientras que la invasión de Irak no gozó del mismo consenso— lo cierto es que el costo de ambas misiones fue astronómico. En el caso de Afganistán, EE. UU. gastó más de US\$ 2 billones (*trillion* en inglés) entre 2001 y 2021 (Biden, 2021), mientras que el costo de la presencia militar en Irak entre 2003 y 2023 —y que aún continúa— habría ascendido a US\$ 1,79 billones (Crawford, 2023). La razón inicial de invadir esos países fue clara: eliminar a los grupos terroristas islámicos. Sin embargo, lo que empezó siendo una lucha contra el terrorismo se convirtió en un experimento costoso conocido como *nation-building* (Fukuyama, 2006), con el objetivo de erigir un nuevo modelo de gobierno en estos países en base a criterios democráticos occidentales, aun cuando dicho modelo no encajaba con las tradiciones y costumbres locales. Es así que, poco antes del retiro definitivo de EE. UU. de Afganistán en 2021 —*ad portas* del vigésimo aniversario de los ataques del 11 de septiembre— uno de los argumentos presentados para permanecer en el país fue la necesidad de preservar los avances en favor de las mujeres (Scharff, 2023), un objetivo loable pero muy lejos del propósito inicial de la misión y difícil de justificar teniendo en cuenta su altísimo costo, no solo en términos económicos sino en vidas humanas. Aún más increíble fue la manera dramática en el que el gobierno afgano cayó después del retiro de las tropas estadounidenses. Pese a las garantías ofrecidas por el Departamento de Estado sobre la solidez del gobierno, este fue derrotado por el Talibán en menos de 24 horas. Las escenas dramáticas de personas corriendo desesperadamente detrás del último avión que partía del aeropuerto de Kabul —muy similares a la retirada de tropas estadounidenses de Saigón 45 años antes— graficaron una importante derrota estratégica para EE. UU. y echaron luz a los límites de la teoría de la modernización en el siglo XXI.

Al mismo tiempo que estos eventos, se produjeron otros sucesos que, desde el punto de vista de Washington, representaban potenciales amenazas a su hegemonía. El primero y más importante de estos fue —y sigue siendo— el ascenso de China que, luego del deshielo impulsado por Nixon, inició una de las transformaciones económicas más impresionantes jamás vistas. Entre 1980 y 2023, el producto interno bruto (PIB) de China en términos nominales creció de US\$ 191 000 millones a casi US\$ 18 billones en 2023 (Banco Mundial, s. f.); en términos de paridad de poder adquisitivo (PPA), la economía china superó a la estadounidense por primera vez en 2016 y, en 2023, ascendió a US\$ 34,66 billones, comparado con US\$ 27,72 billones para EE. UU. (Banco Mundial, s. f.).

El crecimiento impresionante de China no se ha limitado a cifras económicas, sino que ha incluido una transformación de su capacidad productiva, industrial y de innovación, presentando un desafío directo al predominio estadounidense en industrias estratégicas de alta tecnología, inteligencia artificial e industria aeroespacial, entre otras (Zhang, 2012). China ha desplazado a EE. UU. como el principal socio comercial de la mayoría de países del mundo —incluyendo el Perú— y se ha vuelto en el principal inversor en varios países del África subsahariana, Medio Oriente, Asia y Asia (Fondo Monetario Internacional, 2023). En el caso del Perú, China ha tenido una importante presencia en la minería, energía, construcción y otros; asimismo, la reciente inversión de capitales chinos en la construcción del terminal portuario multipropósito de Chancay marca una clara señal del interés de Pekín de afianzar sus lazos con nuestra economía. Todo esto ha dejado claro que China es una potencia que, inevitablemente, retará la hegemonía estadounidense en distintos ámbitos. A esto se suma un escenario geopolítico cada vez más complejo a raíz de países como Rusia, Irán, Venezuela, Corea del Norte y otros, que han mantenido una oposición al modelo político y económico norteamericano. Esto ha presentado un reto particularmente delicado para Washington, toda vez que estos países se oponen abiertamente a su hegemonía sin encontrarse necesariamente en una situación de guerra.

En el ámbito interno, el nuevo siglo vio la creación de nuevos movimientos anti-*Establishment* —como es el caso del *Tea Party* en la derecha y de *Occupy Wall Street* en la izquierda— así como las candidaturas presidenciales de *outsiders* como Bernie Sanders en el partido Demócrata y Donald Trump en el partido Republicano, ambos en 2016. Aunque todos estos fenómenos fueron ideológicamente distintos, también compartieron un hilo común relacionado con la creciente brecha entre los partidos políticos y la ciudadanía en general, trayendo consigo ecos de los reclamos expuestos por Ross Perot y sus seguidores en la década de los 90. Sin embargo, a diferencia de aquella década, en esta ocasión el descontento de la ciudadanía fue mayor y las consecuencias políticas también, culminando en la elección de Donald Trump en 2016.

El ascenso de Trump a la presidencia de EE. UU. fue inesperado por la mayoría de los observadores; sin embargo, se debe tener en cuenta las crecientes divisiones socioeconómicas e ideológicas en el país, así como una sensación de declive nacional que muchos percibían, producto no solo del ascenso de China, sino también del empantanamiento militar en el Medio Oriente y la creciente brecha ideológica entre la ciudadanía. Es así que Trump irrumpe en la escena política estadounidense prometiendo hacer que EE. UU. vuelva a ser grande (*Make America Great Again*) y con propuestas que iban directamente en contra de las recetas propuestas por el *Establishment* Republicano y Demócrata: acabar con la inmigración masiva al país; renegociar los acuerdos comerciales a fin de estimular la creación de mejores puestos de trabajo; y disminuir la presencia —y gasto— militar estadounidense en el mundo (Trump, 2015).

Más allá de su figura polarizadora, el triunfo de Trump debe ser visto como la manifestación más clara de un creciente descontento por parte de la ciudadanía estadounidense con los partidos políticos tradicionales y con el rumbo del país. Dicho descontento se reflejó, precisamente, en una política exterior mucho más nacionalista, optando por negociar de manera bilateral —tanto con países aliados como adversarios, como fue el acercamiento hacia Corea del Norte— y revisar acuerdos en negociación o ya suscritos, como el TLCAN, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica y el Plan de Acción Integral Conjunto (acuerdo nuclear) con Irán.

El primer gobierno de Trump duró cuatro años y el de su sucesor, Joe Biden, abandonó casi todas las posiciones establecidas en el ámbito externo; sin embargo, como veremos en la siguiente parte, el gobierno de Biden no necesariamente regresó a los parámetros anteriores. En ese sentido, su ascenso en 2016 representó un parteaguas para la política exterior estadounidense, toda vez que marcó el fin de la teoría de la modernización como una herramienta de la proyección externa de Washington.

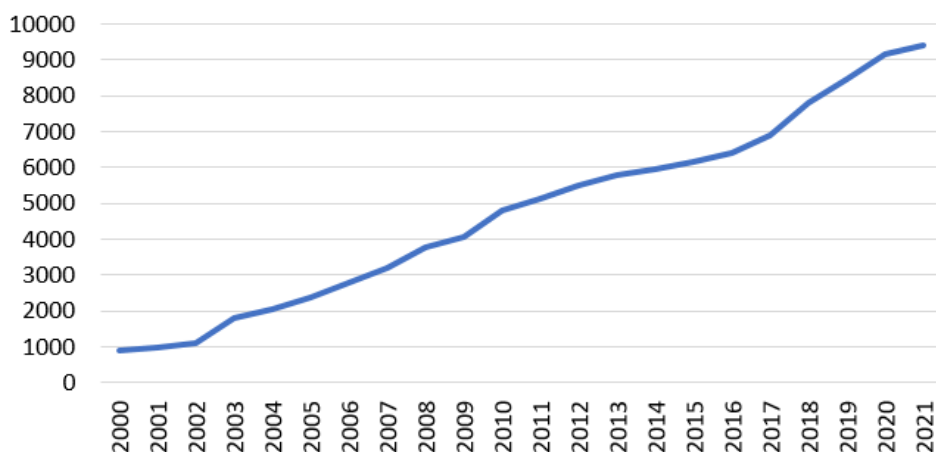
4. UNIVERSALISMO OCCIDENTAL, CRECIENTE USO DE SANCIONES Y *OVEREXTENSION* ESTADOUNIDENSE

Tras el triunfo electoral de Joe Biden en 2020, se anticipó el retorno de la política exterior estadounidense tradicional. Aunque el gobierno de Biden, efectivamente, deshizo casi todas las políticas establecidas por su antecesor y retomó un papel mucho más activo en el ámbito internacional, se registró algunos cambios notables, en particular el uso cada vez más frecuente de sanciones —a individuos, empresas, organizaciones y países, abarcando una variedad de áreas, incluyendo sanciones económicas, comerciales, financieras y de viaje— como una manera de castigar a regímenes adversarios o ejercer presión sobre ellos a fin de conseguir cambios en su accionar, lo que

representa una filosofía diametralmente contraria a la que sostiene la teoría de la modernización.

Ahora bien, se debe precisar que el uso de sanciones por parte de EE. UU. se ha dado desde la Guerra Fría; sin embargo, estas eran relativamente esporádicas y generalmente contaban con el respaldo de la comunidad internacional en foros multilaterales. Sin embargo, luego de la Guerra Fría, el uso de sanciones se convirtió en un aspecto más común de la política exterior norteamericana y esta tendencia ha aumentado durante las últimas décadas, de tal manera que, entre 2000 y 2021, el número de sanciones impuestas por EE. UU. ascendió en 933% (Departamento del Tesoro, 2021). Para 2021, EE. UU. tenía más de 9000 sanciones vigentes en contra de individuos, empresas y Estados (Oficina de Control de Activos Extranjeros, 2024) y ese mismo año, Washington añadió 765 más a esta larga lista (Sabatini, 2023). Actualmente, EE. UU. es el país que más sanciones aplica en el mundo.

Sanciones estadounidenses por año 2000 - 2021



Fuente: Departamento del Tesoro, *The Treasury 2021 Sanctions Review*.

El uso cada vez más frecuente de sanciones por parte de EE. UU. refleja su decreciente influencia a nivel internacional y su frustración por las claras limitaciones de la teoría de la modernización que, como se mencionó anteriormente, postulaba que el desarrollo económico llevaría eventualmente a la adopción de modelos de gobierno más democráticos. La realidad cuenta otra historia; pese a que casi todas las economías del mundo han adoptado, en mayor o menor medida, el modelo económico

estadounidense y se han incorporado dentro del sistema internacional, esto no ha significado necesariamente la transformación democrática que la teoría anticipaba.

Para Washington, al haberse consolidado su modelo económico en el mundo, el próximo reto estaba enfocado en asegurar que los demás países se adecúen al modelo político y social promovido por EE. UU. En consecuencia, aquel pragmatismo que Washington demostró durante la Guerra Fría —que llevó a la normalización de relaciones con la República Popular China y acercamientos con diversos regímenes autoritarios— fue reemplazado por una postura más rígida en cuanto al cumplimiento de ciertas políticas. Inicialmente, estas estaban enfocadas en la defensa de la democracia, como la realización de elecciones libres y transparentes, la protección de derechos civiles, o la lucha contra la corrupción y crimen organizado. Sin embargo, en años recientes, estas se han ampliado para incluir temas vinculados más a temas sociales, incluyendo políticas de género o la protección de personas pertenecientes a grupos LGBT, entre otros (Ekeocha, 2018). Desde una óptica liberal occidental, muchos de estos objetivos pueden ser loables, pero es importante tener claro que esta opinión no goza de un consenso a nivel internacional, particularmente en sociedades conservadoras o en aquellas cuyas tradiciones, religiones y culturas son drásticamente distintas a las de EE. UU. Para algunos académicos, esta nueva política padece de lo que se denomina como «universalismo occidental», una corriente filosófica que sostiene que ciertos valores o principios provenientes de aquella civilización serían, en realidad, universales, que pueden —o deben— ser promovidos en todas las sociedades del mundo, independientemente de factores culturales, sociales e históricos que, a lo largo de miles de años, dieron fruto a una diversidad de civilizaciones (Palitefka, 2016).

El concepto de universalismo occidental ha sido materia de críticas, siendo incluso considerado como una suerte de neocolonialismo del siglo XXI, utilizado por EE. UU. y los países de Europa Occidental para seguir ejerciendo influencia en los demás países del mundo (Young, 2001). Pese a estas consideraciones, durante los últimos años, ha habido un mayor énfasis en la promoción de estas políticas, tanto en el ámbito bilateral como multilateral, y el uso de sanciones por parte de EE. UU. se ha convertido en una herramienta importante de estos esfuerzos, al ser una manera más «eficiente» de presionar a diversos regímenes a implementar reformas políticas y adecuarse a los conceptos contemporáneos de derechos humanos, algunos de los cuales están en constante evolución.

Sin embargo, al margen de su efectividad a corto plazo, el uso desmedido de sanciones trae ciertos riesgos para los países que deciden emplearlas, porque reduce los márgenes de una negociación con la contraparte y aumenta la probabilidad de que una situación delicada se deteriore aún más. Asimismo, de no lograr sus objetivos, se puede generar un impase que difícilmente se puede superar, como ha sido el caso, por ejemplo,

con Cuba, país con el cual EE. UU. mantiene un embargo económico y una relación diplomáticamente distante desde 1958, sin haber obtenido mayor éxito en forzar cambios políticos o económicos en aquel país. Finalmente, debido al impacto económico de las sanciones y el aislamiento que generan, países afectados tienen el incentivo de buscar alternativas para evadir las consecuencias; en la medida que más y más países se encuentren en esta situación, podría incluso impulsar la creación de sistemas financieros paralelos que puedan operar de manera independiente. De producirse este escenario, representaría una seria amenaza para EE. UU., cuya hegemonía se basa en gran parte gracias a su posición privilegiada dentro del sistema financiero internacional y al predominio del dólar como moneda para el comercio internacional.

Es posible que este proceso ya haya iniciado; así como los ataques del 11 de septiembre de 2001 anunciaron un cambio de época en el ámbito internacional, la guerra entre Rusia y Ucrania iniciada en febrero de 2022 —y, específicamente, la manera en que el gobierno de Biden y sus aliados actuaron en respuesta a la agresión militar rusa— haya impulsado el inicio de un proceso de transición hacia un mundo verdaderamente multipolar. No es el propósito de este artículo dilucidar sobre la guerra en sí, ni sobre las acciones de un lado u otro durante los años previos que llevaron a este enfrentamiento, aunque ya se mencionó sobre los debates y advertencias que se produjeron años antes por algunos expertos; muchos académicos han escrito y seguramente escribirán sobre este tema (Mearsheimer, 2014). Al margen de las razones que llevaron a la guerra entre Rusia y Ucrania, la estrategia de EE. UU. fue, desde un inicio, apoyar al gobierno de Kiev con armas y recursos económicos para poder luchar contra la invasión —evitando un enfrentamiento directo con Moscú— a la vez de impulsar una campaña con el objetivo de reunir un consenso internacional y así presionar a Rusia a desistir de su agresión.

La opinión predominante en Washington al inicio de la guerra era que muchos de los servicios financieros rusos estaban fuertemente dominados por actores estatales que dependían del sistema financiero internacional para realizar sus actividades comerciales, por lo que la aplicación de sanciones y otras acciones dirigidas a congelar sus activos y bloquear su acceso al sistema financiero internacional contribuiría a llevar a una resolución rápida del conflicto. Las sanciones fueron notables: solo en 2022, Washington aplicó 1747 sanciones a personas y entidades rusas (Frazer y Trainer, 2023), un aumento de casi 25% de 2021 a 2022. Junto con las medidas impuestas por Washington, sanciones similares también han sido implementadas por el Reino Unido, Canadá, la Unión Europea (UE), Suiza, Australia y Japón que, junto con las sanciones de EE. UU., han ascendido a más de 14 500 en contra de individuos, entidades, buques y aeronaves (Atlantic Council, 2024). Estas han incluido restricciones de exportación y adquisiciones de bienes relacionados con la defensa, como

componentes de alta tecnología, software, semiconductores, sensores y productos similares. Asimismo, se han instituido medidas dirigidas a debilitar la infraestructura central del sistema financiero ruso, incluyendo las instituciones financieras más grandes de ese país, entidades privadas para recaudar capital, afectando a casi el 80 por ciento de todos los activos bancarios en Rusia (Oficina de Control de Activos Extranjeros, 2024). Como parte de estas acciones, algunos bancos rusos han sido retirados del sistema SWIFT para operaciones entre entidades financieras a nivel internacional y se han congelado reservas de divisas y activos de bancos rusos en el exterior (Atlantic Council, 2024). También se han implementado restricciones a las principales exportaciones rusas como gas y petróleo y se han aplicado sanciones a miembros de la elite rusa y a sus familiares —a través de la imposición de prohibiciones relacionadas con el acceso a capital y a servicios financieros— así como a individuos que hayan realizado, facilitado cualquier transacción o prestado algún servicio relacionado con sectores de la economía rusa vinculados con la industria militar (Casa Blanca, 2023).

Luego de la aplicación de las primeras sanciones en 2022, el Departamento del Tesoro estadounidense calificó las acciones como «significativas y sin precedentes» que generarían «graves costos económicos» para Moscú. En esa misma línea, la secretaria del Tesoro, Janet Yellen, aseveró que las medidas eran «serias y sin precedentes para acarrear consecuencias rápidas y graves al Kremlin y perjudicar significativamente su capacidad de utilizar la economía y el sistema financiero rusos para promover su actividad maligna» y que las acciones tomadas por EE. UU. y países aliados «degradarán la capacidad de Rusia para proyectar poder» (Departamento del Tesoro, 2022). El impacto inicial de las sanciones fue notable; inmediatamente después de la invasión rusa, el rublo descendió al mínimo histórico frente al dólar estadounidense y, según el Fondo Monetario Internacional (FMI), la economía rusa decreció 2,2% en 2022. Durante los primeros meses de la guerra, diversos analistas anticipaban una fuerte contracción de la economía rusa, desde 8% (Simola, 2022) hasta 15% (Smith, 2022). En cuanto a una eventual recuperación, algunos expertos indicaban que, en el mejor de los casos, esta se produciría recién a partir de 2024 (Prokopenko, 2022). Sin embargo, a pesar de aquellas sombrías predicciones, la economía rusa registró un crecimiento de 3,6% en 2023, de acuerdo con el Servicio Estatal de Estadística de la Federación de Rusia (Rosstat), mientras que, para 2024, el FMI registró un crecimiento de 3,8% (Fondo Monetario Internacional, enero 2025).

Si partimos del supuesto de que el objetivo de las medidas implementadas por el gobierno de Biden en contra de Moscú era paralizar su economía y ponerle fin a la guerra en Ucrania, estas no cumplieron con su propósito. Todo lo contrario; según la *Evaluación anual de amenazas de la comunidad de inteligencia estadounidense*, elaborada por la Oficina del director de Inteligencia Nacional, EE. UU. enfrenta

un orden global «cada vez más frágil» (2024, p. 6) a raíz de una competencia estratégica acelerada entre las principales potencias, desafíos transnacionales más intensos e impredecibles y múltiples conflictos regionales con implicancias de largo alcance. De otro lado, la aparente resiliencia de la economía rusa frente a las sanciones aplicadas por EE. UU. y países aliados ha llevado a cuestionamientos no solo sobre la efectividad de dichas medidas, sino también sobre las consecuencias a largo plazo que estas pueden tener para el actual sistema financiero internacional. Rusia no es el primer o único país en ser sancionado por EE. UU.; actualmente, aproximadamente 30 países —incluyendo China, Corea del Norte, Irán, Siria, Cuba y Venezuela— se encuentran bajo algún tipo de sanción impuesta por el Departamento del Tesoro estadounidense. Sin embargo, el caso ruso, por la manera en la que se produjo la guerra, así como por el número y alcance de las sanciones impuestas, ha motivado un mayor interés entre los países afectados por la desdolarización para transacciones internacionales, lo cual podría romper el dominio de la moneda estadounidense del sistema financiero internacional.

La desdolarización es un objetivo ambicioso que seguramente enfrentará muchos obstáculos en los próximos años. Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS) han abordado la posibilidad de establecer una moneda propia para su comercio exterior (Sabatini, 2023). Esta no es una medida fácil de implementar, principalmente porque, casi sin excepción, las economías del mundo están atadas de alguna u otra manera al sistema financiero actual. China, por ejemplo —que tendría las condiciones necesarias para impulsar un nuevo sistema— es uno de los principales tenedores de deuda estadounidense, por lo que guardaría un interés, al menos en el corto plazo, de mantener el *statu quo*. No obstante, es posible que, en el mediano plazo, China y sus aliados decidan impulsar la creación de un sistema financiero internacional paralelo desvinculado del dólar. Durante la cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái celebrada en septiembre de 2022 en Samarcanda, los países participantes acordaron adoptar una hoja de ruta para expandir el comercio a través de monedas locales (Liu, 2022). Asimismo, en la declaración de la XV cumbre BRICS, realizada en agosto 2023 en Johannesburgo, se destacó la importancia de fomentar el uso de monedas locales en el comercio internacional y las transacciones financieras entre los BRICS y sus socios comerciales. También se alentó el fortalecimiento de las redes bancarias corresponsales entre los países BRICS y la habilitación de liquidaciones en las monedas locales. La declaración, además, instruyó a los ministros de Finanzas y/o gobernadores de los Bancos Centrales de los países BRICS que informen sobre la utilización de las monedas locales, los instrumentos y plataformas de pago (Declaración XV Cumbre BRICS, 23 de agosto de 2023). Debido a cómo está estructurado el sistema financiero internacional actual, la utilización de otras monedas no necesariamente implica la desvinculación total del dólar, toda vez que estas monedas están

atadas de alguna u otra manera al sistema dominado por el dólar, ya sea a través de sus reservas internacionales, tenencia de bonos estadounidenses u otros instrumentos financieros. No obstante, las declaraciones y medidas adoptadas recientemente por China, Rusia y sus socios indican que este es un tema que no desaparecerá de la agenda y seguirá siendo abordado de distintas maneras. Ciertamente, la aplicación desmedida de sanciones durante los últimos años por parte de EE. UU. y sus aliados solo ha servido para motivar aún más estos esfuerzos y acelerar este proceso.

El establecimiento de un sistema financiero internacional paralelo, así como una moneda que pueda competir frente al dólar estadounidense, tendría implicancias económicas y geopolíticas profundas para EE. UU. y el mundo entero. Además de una mayor volatilidad de los mercados financieros, podría llevar a una redistribución del poder económico, que alteraría las dinámicas de influencia global y reconfiguraría las alianzas comerciales y políticas. El impacto sería particularmente duro para EE. UU. y los países fuertemente vinculados a la economía estadounidense, toda vez que se podría producir una devaluación del dólar y una contracción de la economía norteamericana, cuyo poder adquisitivo se vería considerablemente afectado. Este peligro es aún más preocupante cuando uno considera la política monetaria y fiscal estadounidense durante las últimas décadas, la cual, según la *Government Accountability Office* de EE. UU. (GAO), se ha basado en un endeudamiento continuo y déficits fiscales que se registran desde 2002. Dicha entidad asevera que, para 2028, la deuda podría alcanzar su máximo histórico de 106% de su PIB y llegar a 200% del PIB para 2050 (2024). Según el Departamento del Tesoro, para abril de 2024, la deuda actual de EE. UU. ascendió a más de US\$ 34 billones y sigue en aumento (2024). Esta práctica es insostenible a largo plazo y solo ha sido posible gracias al predominio del dólar en el mundo, que ha permitido a Washington endeudarse a tasas de interés mucho más bajas que otros países y reducir el impacto inflacionario de estas políticas al poder trasladar el costo al resto del mundo (Lahiri, 2023).

El uso desmedido de sanciones durante los últimos años por EE. UU. y, en particular, por el gobierno de Biden contra Rusia y otros países, ha revelado una suerte de ley de rendimientos decrecientes para Washington, que no ha podido lograr sus objetivos pese a la presión ejercida. El entrampamiento en Ucrania, junto con los problemas y divisiones internas persistentes, llevó nuevamente a la elección de Donald Trump en 2024, quien prometió, entre otras cosas, resolver rápidamente la guerra (Serino, 2024). El retorno de Trump a la Casa Blanca, luego de cuatro años de ausencia, ha traído consigo un renovado impulso a los planteamientos esbozados durante su primer mandato, aunque con algunas diferencias importantes que veremos a continuación. No obstante, a diferencia de 2016, es posible que las acciones plasmadas en esta ocasión tengan un efecto mucho más duradero para el país y para el mundo.

5. LA POLÍTICA EXTERIOR DE TRUMP. ¿UNA NUEVA VISIÓN O UN RETORNO AL PASADO?

El segundo gobierno de Trump presenta un escenario lleno de contrastes y aparentes contradicciones debido a las múltiples declaraciones que ha emitido, lo que dificulta cualquier análisis preciso sobre sus objetivos, aunque existiría un consenso entre analistas que estaríamos *ad portas* de un período de inestabilidad e incertidumbre sin precedentes en las últimas décadas. De ser así, este escenario podría alterar de manera permanente el andamiaje jurídico e instituciones multilaterales que han sostenido el actual orden internacional vigente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, al margen del estilo bombástico y agresivo del mandatario estadounidense, es importante tener en cuenta que existe un grado de racionalidad en estas posturas, ya que el objetivo final sería, precisamente, *preservar* la preeminencia hegemónica de EE. UU. en el mundo. Para entender esta lógica, es importante tener en cuenta que, desde el punto de vista de Trump y el de sus seguidores, es imprescindible realizar cambios profundos para revertir el declive del país y, así, mantener su hegemonía. En otras palabras, es necesario implementar cambios drásticos para preservar el *statu quo*; en términos históricos, es la manifestación más clara de rechazo a la teoría de la modernización.

Al igual que en su primer mandato, la política exterior de Trump es de corte nacionalista —siguiendo el espíritu del lema *America first*, o «Estados Unidos primero»— y realista, con una visión transaccional de las relaciones internacionales. Esto significa una preferencia por la negociación bilateral directa para resolver problemas o disputas y la posibilidad de negociar incluso con Estados adversarios, si es que habría un beneficio que se podría obtener. Por un lado, Trump ha declarado abiertamente su intención de replantear sus relaciones con diversos países, tanto aliados como adversarios. Solamente durante sus primeros meses en el cargo, amenazó a Canadá con anexionar su territorio, al igual que Groenlandia; autorizó una serie de medidas proteccionistas en contra de diversos países —incluyendo China, Canadá y México— aumentando la probabilidad de generar una guerra comercial internacional; amenazó a Panamá con tomar control nuevamente del canal, con el objetivo de reducir la presencia china en aquel punto comercial estratégico; y anunció que no descarta la posibilidad de retirar a su país de la OTAN. Por más de que haya un grado de dramatismo, estas declaraciones representan cambios de visión importantes que no pueden ser subestimados ni mucho menos ignorados. La consecuencia de este enfoque más nacionalista es una menor relevancia para la diplomacia multilateral y, eventualmente, para las instituciones multilaterales que han jugado un papel importante en el funcionamiento del orden internacional vigente. Un claro ejemplo de esto se puede ver en la guerra

entre Rusia y Ucrania, en donde EE. UU. ha buscado una negociación directa con Rusia para finalizar el conflicto, ignorando a los países europeos y al mismo gobierno ucraniano (Haltiwanger y Iyengar, 2025). Estas acciones podrían llevar a un distanciamiento de sus aliados tradicionales y a una redefinición de las alianzas estratégicas, basada en criterios más pragmáticos.

En cuanto a su política comercial, Trump ha declarado abiertamente su oposición hacia los acuerdos comerciales vigentes y su disposición para utilizar aranceles como una medida para estimular el sector industrial, crear puestos de trabajo y proteger productos considerados estratégicos como aluminio, cobre y acero. La aplicación de aranceles no estaría dirigida solamente a adversarios como China, sino también a aliados tradicionales como Canadá, México y la UE (Trump, 2025). Debido al tamaño e importancia del mercado estadounidense, es posible que estas medidas traigan algún rédito eventualmente, pero traerá consigo un costo considerable para los demás países, que tendrán que adaptarse a las nuevas reglas de juego.

Finalmente, en lo que respecta a nuestro continente, el gobierno estadounidense parece haber adoptado una postura más enérgica para preservar su estatus como potencia preeminente en el hemisferio. Como se ha mencionado anteriormente, Trump ha enfocado su atención en retomar control sobre el canal de Panamá a raíz de su preocupación por la creciente presencia de China en este punto estratégico para el comercio mundial. Asimismo, se ha referido —de manera incluso despectiva— a Canadá como un futuro estado de EE. UU., cuestionando abiertamente su futuro como un Estado soberano. Estas declaraciones son casi idénticas a las de otro presidente estadounidense (Theodore Roosevelt) a inicios del siglo XX, quien quiso hacer valer la doctrina Monroe y soñaba con expandir los territorios del país hacia el norte y el sur (Allison, 2014). No obstante, este enfoque puede generar tensiones con algunos países de la región, muchos de los cuales han criticado las declaraciones de Trump como una intromisión en sus asuntos internos o un intento de revivir prácticas intervencionistas del pasado. En este contexto, la política hemisférica de Washington se encuentra en una posición difícil dado que, por un lado, busca reafirmar su liderazgo tradicional en la región, pero al mismo tiempo, debe adaptarse a un panorama geopolítico más complejo, con países latinoamericanos mucho más autónomos que en otras épocas y una creciente presencia de China.

La combinación de un liderazgo estadounidense volátil y un panorama internacional cada vez más multipolar podría generar tensiones geopolíticas, conflictos comerciales y una competencia estratégica más intensa entre las grandes potencias. Aún si Trump logra su objetivo de preservar el estatus de EE. UU. como la mayor potencia mundial, se debe tener claro que estamos *ad portas* de una reconfiguración del orden

internacional y de sus instituciones, lo que probablemente lleve a un panorama global más incierto y fragmentado durante las próximas décadas. Para una potencia regional media como el Perú, es importante tener en cuenta los cambios económicos y geopolíticos que se avizoran para así desarrollar una estrategia adecuada, capaz de navegar las aguas turbulentas y asegurar la estabilidad y el desarrollo en el mediano y largo plazo. Quizás también sea importante adoptar posiciones más pragmáticas.

En cuanto a EE. UU., queda clara la evolución de su política exterior durante los últimos 80 años. El optimismo que demostró durante las primeras décadas a través de la teoría de la modernización sentó las bases para el orden internacional actual, pero dicha teoría luego reveló sus limitaciones para transformar todo el planeta. Durante los primeros años de la pos Guerra Fría, Washington mantuvo el espíritu de la teoría de la modernización, aunque para aquella época ya se veían indicios de desgaste —tanto internos como externos—, así como un mayor énfasis en el uso de la fuerza militar y, eventualmente, sanciones. El ascenso de Trump en 2016 y su posterior retorno a la Casa Blanca en 2024 representan el fin de este ciclo y la formulación de una nueva política exterior que, como se mencionó líneas arriba, guarda cierta similitud con la política exterior norteamericana de inicios del siglo XX, lo que denotaría un claro intento de querer recuperar aquel dinamismo que llevó a ese país a convertirse, precisamente, en la primera potencia mundial. Veremos si la historia se repite.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allison, G. (2014). *Destined for war: Can America and China escape Thucydides' s trap?* Houghton Mifflin Harcourt.
- Asamblea Legislativa de la República de El Salvador. (2021, 9 de junio). *Decreto Legislativo N° 57. Ley Bitcoin*. <https://www.asamblea.gob.sv/sites/default/files/documents/decretos/43DA8049-AA39-4DA8-B892-437B2DD27C1C.pdf>
- Atlantic Council. (2024). *Russia Sanctions Database*. <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/econographics/russia-sanctions-database/>
- Banco Mundial. (s.f.). *GDP (current US\$) [Data set]*. Banco Mundial. <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?locations=CN>
- Banco Mundial. (s.f.). *GDP, PPP (current international \$) [Data set]*. Banco Mundial. <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.PP.CD?locations=CN-US>
- Biden, J. (2021, 31 de agosto). *Remarks by President Biden on the End of the War in Afghanistan*. <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/08/31/remarks-by-president-biden-on-the-end-of-the-war-in-afghanistan/>
- BRICS. *Declaración XV Cumbre*. 23 de agosto de 2023.
- Casa Blanca. (2023, 23 de diciembre). *FACT SHEET: Biden Administration Expands U.S. Sanctions Authorities to Target Financial Facilitators of Russia's War Machine* [Comunicado de prensa]. <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements->

- releases/2023/12/22/fact-sheet-biden-administration-expands-u-s-sanctions-authorities-to-target-financial-facilitators-of-russias-war-machine/
- Crawford, N. (2023). *Blood and Treasure: United States Budgetary Costs and Human Costs of 20 Years of War in Iraq and Syria, 2003-2023*. <https://watson.brown.edu/costsofwar/files/cow/imce/papers/2023/Costs%20of%2020%20Years%20of%20Iraq%20War%20Crawford%2015%20March%202023%20final%203.21.2023.pdf>
- Departamento del Tesoro. (2021). *The Treasury 2021 sanctions review*. <https://home.treasury.gov/system/files/136/Treasury-2021-sanctions-review.pdf>
- Departamento del Tesoro. (2022, 24 de febrero). *U.S. Treasury Announces Unprecedented & Expansive Sanctions Against Russia, Imposing Swift and Severe Economic Costs* [Comunicado de prensa]. <https://home.treasury.gov/news/press-releases/jy0608>
- Departamento del Tesoro. (2024). *What is the national debt?* <https://fiscaldata.treasury.gov/america-finance-guide/national-debt/>
- Ekeocha, O. (2018). *Target Africa: Ideological Neocolonialism of the Twenty-first Century*. Ignatius Press.
- Frazer, M. y Trainer, J. (2023, 03 de agosto). Sanctions by the Numbers: 2022 Year in Review. *Center for a New American Security*. <https://www.cnas.org/publications/reports/sanctions-by-the-numbers-2022-year-in-review>
- Fondo Monetario Internacional (2023). Regional Economic Outlook Analytical Notes: Sub-Saharan Africa - *At a Crossroads: Sub-Saharan Africa's Economic Relations with China*. <https://www.imf.org/-/media/Files/Publications/REO/AFR/2023/October/English/china-note1.ashx>
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Penguin Books Ltd.
- Fukuyama, F. (Ed.). (2006). *Nation-building: Beyond Afghanistan and Iraq*. The Johns Hopkins University Press.
- Haltiwanger, J. y Iyengar, R. (2025). Can Trump force Ukraine to accept a peace deal? *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2025/02/27/trump-ukraine-russia-peace-deal/>.
- Immerman, R.H. (2010). *Empire for Liberty: A History of American Imperialism from Benjamin Franklin to Paul Wolfowitz*. Princeton University Press.
- Jelen, T. (2001). *Ross for Boss: The Perot phenomenon and beyond*. State University of New York Press.
- Johns, A. y Lerner, M. (Eds.). (2018). *Cold War at home and abroad: domestic politics and US foreign policy since 1945*. University Press of Kentucky.
- Keane, C. (2016). *US nation-building in Afghanistan*. Routledge.
- Kennan, G. F. (1994). *Around the craggy hill: A personal and political philosophy*. W. W. Norton & Company.
- Kugler, R. L. y Frost, E. L. (Eds.). (2001). *The global century. Globalization and national security*, vol. II. National Defense University Press.
- Lahiri, U. (2023, 22 de agosto). The Future of Dollar Hegemony. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/blog/future-dollar-hegemony>

- Lipset, S. (1959). Some social requisites of democracy: Economic development and political legitimacy. *American Political Science Review*, 53(1), 69-105.
- Liu, Z. Z. (2022, 21 de septiembre). China is quietly trying to dethrone the dollar. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2022/09/21/china-yuan-us-dollar-sco-currency/>
- Matlock, Jr., J. F. (2004). *Reagan and Gorbachev: How the Cold War ended*. Random House.
- Mearsheimer, J. (2014). Why the Ukraine Crisis is the West's Fault: The Liberal Delusions That Provoked Putin. *Foreign Affairs*, 93(5), 77-89.
- Mearsheimer, J. (2018). *The great delusion: Liberal dreams and international realities*. Yale University Press.
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo. (2024). *Acuerdos Comerciales del Perú*. <https://www.acuerdoscomerciales.gob.pe/>
- Oficina del director de Inteligencia Nacional. (2024, 5 de febrero). *Evaluación anual de amenazas de la comunidad de inteligencia estadounidense*. <https://www.odni.gov/files/ODNI/documents/assessments/ATA-2024-Unclassified-Report.pdf>
- Palitefka, J. (2016). Western Universalism in the Contemporary World. *InterNaciones*, 3(7).
- Perot, R. (1993). *Save Your Job, Save Our Country: Why NAFTA Must be Stopped—Now!* Hyperion.
- Prokopenko, A. (2022, 19 de diciembre). The Cost of War: Russian Economy Faces a Decade of Regress. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/politika/88664>
- Sabatini, C. (2023, 24 de julio). America's Love of Sanctions Will Be Its Downfall. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2023/07/24/united-states-sanctions-debt-china-venezuela/>
- Sachs, J. D. (2019). Will America create a Cold War with China. *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development*, 13. <https://www.cirsd.org/files/000/000/006/45/4f579862a1d2fcb99512dac587ccdae0f500a2f3.pdf>
- Scharff, X. (2023, 8 de marzo). America is again failing Afghanistan's women—and itself. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2023/03/08/united-states-afghanistan-taliban-women/>
- Serino, K. (2024, 11 de septiembre). WATCH: Trump promises to 'settle' war in Ukraine if elected. *PBS News*. <https://www.pbs.org/newshour/politics/watch-trump-promises-to-settle-war-in-ukraine-if-elected>
- Simola, H. (2022, 22 de diciembre). What effects have sanctions had on the Russian economy? *Foro Económico Mundial*. <https://www.weforum.org/agenda/2022/12/sanctions-russian-economy-effects/>
- Smith, S. (2022, 4 de abril). Russia's economy is beginning to crack as economists forecast sharp contractions. *CNBC*. <https://www.cnbc.com/2022/04/04/russias-economy-is-beginning-to-crack-as-economists-forecast-sharp-contractions.html>
- Trump, D. J. (2015). *Crippled America: How to make America great again*. Threshold Editions.
- Trump, D. J. (2025, 6 de marzo). *Remarks by president Trump in joint address to Congress*. The White House. <https://www.whitehouse.gov/remarks/2025/03/remarks-by-president-trump-in-joint-address-to-congress/>

- United States Government Accountability Office. (2024, 15 de febrero). *The Nation's Fiscal Health: Road Map Needed to Address Projected Unsustainable Debt Levels*. <https://www.gao.gov/products/gao-24-106987>
- Young, R. J. C. (2001). *Postcolonialism: An historical introduction*. Blackwell Publishing, 44-56.
- Zakaria, F. *The Post-American World: And the Rise of the Rest*. Penguin.
- Zhang, W. (2012). *The China Wave: Rise of a Civilizational State*. World Century Publishing Corporation.

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2025

Fecha de aprobación: 15 de mayo de 2025